

DUNGEONS
& DRAGONS
REINOS OLVIDADOS®

RAJATOV SALVATORE



LA LLEGADA DEL REY

EL CÓDICE DE LOS COMPAÑEROS, LIBRO 2

timunmas



LA LLEGADA
DEL REY
EL CÓDICE
DE LOS COMPAÑEROS

LIBRO
II

R. A. SALVATORE

timunmas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Título original: *Rise of the King*
© Traducción de José Elías Álamo Gómez, 2017
Ilustración de cubierta de Tyler Jacobson

Primera edición: abril de 2017

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios,
y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Dungeons & Dragons, D&D, Wizards of the Coast, Forgotten Realms, el símbolo del dragón y el resto
de nombres de productos de Wizards of the Coast, junto con sus respectivos logos, son marcas
registradas de Wizards of the Coast LLC. en EEUU y otros países. Todos los personajes así como su
imagen distintiva son propiedad de Wizards of the Coast LLC. Está prohibida cualquier reproducción o
uso no autorizado del material o las ilustraciones incluidas en esta obra sin el permiso previo y por escrito
de Wizards of the Coast LLC. Todos los derechos reservados.

© Wizards of the Coast LLC., 2014
Todos los derechos reservados
Bajo licencia de Hasbro

Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0447-0
Depósito legal: B. 5.862-2017
Preimpresión: Pleka

Impreso en España por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Wizards of the Coast, Inc.
P. O. Box 707
Renton, WA 98057-0707, EE. UU.



EE. UU. y Canadá: (800) 324-6496
o (425) 204-8069
Europa: +32(0) 70 233 277

Para más información se puede consultar la página web www.dungeonsanddragons.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico,
por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAPÍTULO 1



VERANO DE AFLICCIÓN

¿Qué traman esos perros? —preguntó el rey Bromm de la Ciudadela Adbar a sus exploradores.

—Nada bueno, está tan claro como el brillo del culo de un bebé goblin —respondió Harnoth, su hermano gemelo y también rey de Adbar.

Los gemelos cruzaron miradas circunspectas, conscientes de que éste era su primer desafío serio como reyes. Se habían enfrentado a algún conflicto, tanto político como militar. Y una negociación comercial con la Ciudadela Felbarr que estuvo a punto de acabar a mamporros entre Bromm y el clérigo Glaive, el principal negociador enviado por el rey Emerus. También hubo una disputa sobre unas tierras con los elfos del Bosque de la Luna que se tornó tan agria, que los regentes de Luna Plateada y Sundabar tuvieron que cabalgar hacia el norte para intervenir entre las partes. También hubo algunas escaramuzas con los orcos de Muchas Flechas, bandas dedicadas al pillaje a las que acompañaban gigantes y otras bestias. Pero si los informes de los exploradores eran correctos, los reyes gemelos se encontraban ante su desafío más importante.

—¿Cientos de orcos? —preguntó Bromm a Ragnerick Gutpuncher, un enano joven pero con gran experiencia como explorador.

—Muchos cientos —confirmó Ragnerick—. Suben desde el Valle Superior del Surbrin y el hedor a orco lo cubre todo, mis reyes. Ya asedian el Bosque de la Luna; surgen flechas desde las ramas y el humo asciende hacia el cielo oscuro.

Las dos últimas palabras cayeron como losas sobre el ánimo de los presentes. Las consecuencias de la eterna noche sobre la Marca Argéntea no se podían ignorar.

—No tardarán en llegar a Mithril Hall —concluyó Bromm.

—Tenemos que avisar a Emerus y a Connerad lo antes posible —señaló su hermano.

—Pero el camino a Mithril Hall es largo —lamentó Bromm, y Harnoth se mostró de acuerdo. Las tres ciudadelas enanas de Luruar estaban más o menos alineadas. Adbar se hallaba al sudoeste de Felbarr y desde allí, a una distancia equivalente y también al sudoeste, estaba Mithril Hall. El camino hasta esta última discurría al sur de las lindes del Bosque Refulgente. Entre cada ciudadela había una distancia de ciento cincuenta kilómetros, aproximadamente, lo que suponía un viaje de una semana, o quizás el doble por unos caminos tan abruptos. Las tres ciudadelas también se conectaban a través de una red de túneles subterráneos en la Antípoda Oscura, pero incluso ese trayecto era arduo.

—Tenemos que ir —razonó Harnoth—. No nos podemos quedar aquí sentados cuando han declarado la guerra a nuestro pueblo y es posible que seamos los únicos que lo sepamos.

—Yo creo que Connerad está al corriente —dijo Bromm—. Con un ejército de orcos al norte de su reino, sabe bien lo que pasa.

—Pero hay que acudir a él por si nos necesita —señaló Harnoth, y Bromm mostró su conformidad—. Llevaré una legión a través de los túneles hasta Felbarr y, si nos necesitan, iremos hasta Mithril Hall.

—La Antípoda Oscura —comentó Bromm en tono serio—. No hemos bajado allí en muchos años, con excepción de los pasadizos que conducen a Sundabar. Mejor que sea una gran legión.

—Y tú te quedarás para asegurar la defensa de Adbar —convino Harnoth.

—Eso ya está hecho, y hasta es posible que salga a dar un vistazo y ahuyentar a los orcos del Bosque Refulgente. Así, la próxima vez que tengamos alguna disputa territorial con los elfos, les recordaremos lo que hicimos por ellos.

—Son cientos —le recordó Harnoth.

—Bah, sólo son orcos —se mofó Bromm e hizo un gesto despectivo—. Es posible que los despelleje y utilice sus pieles para asfaltar los caminos entre Adbar, Felbarr y Mithril Hall.

El rey Harnoth soltó una carcajada al imaginar cómo serían esos caminos forrados con la piel de sus enemigos.



—¡Listos para luchar! —anunció al rey Connerad la general Dagnabbet, hija y tocaya de Dagnabbit, nieta del gran general Dagna. Los dos se hallaban sobre una elevada cumbre al norte de Mithril Hall desde la que contemplaban el Valle Superior del Surbrin; el poderoso río ofrecía un aspecto desluci-

do bajo el cielo negro, y la alta arboleda del Bosque de la Luna, que formaba parte del Bosque Refulgente, estaba envuelta en sombras al noreste.

—¡Los Rompebuches se mueren de ganas de liarse a golpes, mi rey! —gritó Bungalow Thump, líder de la afamada Brigada Rompebuches que formaba la guardia personal de Connerad. El grupo irrumpió en vítores.

Sin embargo, cada vez que oía un grito de guerra, el rey meneaba la cabeza con preocupación. Contempló la horda de orcos que cubría el terreno más abajo. Algo iba mal. Las fuerzas orcas se enfrentaban entre sí como dos enjambres de abejas, confundándose en una enorme nube negra que oscurecía el valle equiparándolo al cielo.

—Ahora, mi rey —suplicó Bungalow Thump—. Esos imbéciles luchan entre ellos. Haremos que muerdan el polvo a cientos. —Se acercó a Connerad con la idea de insistir, pero Dagnabbet se interpuso en su camino y le hizo retroceder.

—¿Qué piensas? —preguntó la enana.

—¿Qué piensas tú? —preguntó a su vez Connerad a la general, que pronto asumiría el mando de la guarnición de Mithril Hall.

—Pienso que hace mucho que mi hacha no prueba la carne de orco —respondió Dagnabbet con una sonrisa maliciosa.

Connerad asintió sin muchas ganas. No compartía el entusiasmo de la general. Seguía teniendo la sensación de que algo no iba bien.

—Tenemos que salir pronto —dijo Bungalow Thump—. Hay una buena caminata hasta el valle.

El rey Connerad miró a Dagnabbet y a Bungalow Thump, y la expresión ansiosa de ambos le hizo vacilar. Quizás estuviera siendo demasiado cauteloso. ¿Era posible que sus temores afectaran a su capacidad para liderar a su gente? ¿Acaso buscaba un motivo para no asumir el riesgo de entrar en combate?

Irritado ante su propia debilidad, estaba a punto de dar la orden para que sus fuerzas partiesen hacia el valle... A punto, pero no lo hizo. Antes se obligó a examinar con cuidado el caos desatado en el valle y, de golpe, supo qué era lo que no le cuadraba. La batalla en el Valle Superior del Surbrin, el enfrentamiento entre orcos, parecía cualquier cosa menos una batalla.

—A Hall —pronunció en un susurro ahogado, por la sorpresa ante el descubrimiento que acababa de hacer.

—¿Eh? —se sorprendió Bungalow Thump.

—¿Mi rey? —añadió la general Dagnabbet.

—¿Qué piensas? —quiso saber Bungalow Thump.

—Yo pienso que mi rey cree que algo huele mal —respondió Dagnabbet.

—Antes te pregunté yo a ti qué pensabas —le dijo Connerad a Dagnabbet—. Y ahora te lo vuelvo a preguntar. —Señaló a la masa de diminutos orcos del valle.

—Carecen de disciplina —respondió ella de inmediato—. Parecen una muchedumbre en tropel.

—Que es justo lo que veo yo —asintió Connerad.

Dagnabbet contempló durante un buen rato al joven rey de Mithril Hall.

—¿Y bien? —exigió con impaciencia Bungalow Thump.

Una sonrisa, en parte resignada y en parte de admiración hacia su rey, iluminó el rostro de Dagnabbet. La general se volvió hacia Bungalow Thump.

—Los orcos de la Flecha Negra combaten mucho mejor que esos de ahí.

—¿Qué? —insistió Thump, ansioso por luchar.

—Así es —convino Connerad.

—Nos provocan para que salgamos al exterior —afirmó Dagnabbet.

—¡Complazcamos a esos malditos! —aulló Bungalow Thump, lo que despertó nuevos vítores entre la Brigada Rompebuches.

—No —agitó la cabeza Connerad—. No lo veo. —Se volvió hacia Dagnabbet—. Establece puestos de vigilancia, pero mi orden es que volvamos a Hall.

—¡Mi rey! —exclamó Bungalow en tono de frustración.

Las quejas y bufidos de Thump eran normales en alguien que sólo vivía para el combate, aunque Connerad no le prestó demasiada atención; sabía muy bien que los Rompebuches le eran leales por encima de todo. Connerad fue hacia la larga escalinata que lo conduciría hasta una meseta inferior, justo encima del Valle del Guardián, donde aguardaba su ejército. Hizo un gesto con la mano para que Dagnabbet y los demás lo siguieran. Desde allí, utilizarían puertas secretas para acceder a los túneles que conducían a la fortaleza de Mithril Hall.

Tardaron un buen rato en bajar los dos mil escalones y los gritos de alerta procedentes del noreste se adelantaron a la llegada de la comitiva de Connerad.

—¡Orcos! ¡Orcos! —oyeron el rey y los suyos mientras bajaban la escalera—. ¡Cientos, miles!

El rey Connerad sintió que le faltaba el aliento. Le faltaba experiencia bélica como monarca; en los combates en los que había participado en el pasado sólo había tenido que preocuparse de sí mismo, pero en ese momento fue consciente de que acababa de librarse de cometer un error, uno enorme que habría supuesto dejar indefensa a Mithril Hall.

—¡Imposible que hayan llegado ya! —exclamó la general Dagnabbet—. ¡El valle está demasiado lejos!

—Un tercer ejército orco —dijo Connerad—. El mismo que habría cerrado el cepo si hubiéramos salido al valle atraídos por la falsa batalla.

—Perfecto, pronto será un tercer ejército de cadáveres —declaró Bungalow Thump, y comenzó a bajar los escalones de tres en tres de forma temeraria, seguido por sus muchachos.

Connerad se paró en seco y se agarró a ambos pasamanos, extendiendo los brazos de lado a lado, lo que bloqueó el paso a los que aún estaban detrás de él. Pensaba furiosamente, trazando en su mente las rutas que rodeaban la montaña hasta el Valle Superior de Surbrin, e intentó calcular cuánto tiempo se podía tardar en hacer el recorrido. Y de pronto fue consciente de que el enemigo ya había iniciado el trayecto y que a buen seguro lo hacía a toda prisa.

—¡No! —chilló a los que lo rodeaban, en especial a Bungalow y los Rompebuches—. ¡A la fortaleza y a cerrar las puertas, de inmediato!

—¡Mi rey! —exclamaron al unísono Thump y sus fieros muchachos, su grito teñido de frustración.

—Vienen muchos orcos —dijo Connerad a Dagnabbet, que se encontraba tras él en la escalera—. Estamos hablando de decenas de miles.

La enana asintió con expresión grave. El rey advirtió que la general no estaba de acuerdo con él, que ansiaba salir a matar unos cuantos orcos. Pero no lo hizo y durante unos instantes Connerad temió que fuera porque no se atrevía a contradecir a su rey. Al igual que su padre y antes que él, su abuelo, Dagnabbet era, por encima de todo, un soldado leal.

—Si tuviera la seguridad de poder acabar con este grupo y meternos dentro, te diría que fuéramos a luchar —comentó ella, y fue como si leyera el pensamiento del rey y quisiera desmentir sus temores—. Pero el objetivo de estos orcos es entretenernos. Atacarán con furia, pero luego se echarán hacia atrás. Y lo harán una y otra vez para que los persigamos, aunque seguro que acabamos con unos cuantos.

—Y entonces los otros dos ejércitos caerán sobre nosotros y nos podemos olvidar de volver a la fortaleza con vida —añadió el rey Connerad.

—Has tomado la decisión correcta, mi rey, y por partida doble —afirmó Dagnabbet, dándole a su rey una palmada en el hombro.

Oyeron más gritos de alarma avisando de la llegada de orcos desde el noroeste.

—Todavía no estamos a salvo —dijo Connerad, y comenzó a bajar la escalera a toda velocidad. Cuando él y sus hombres estaban alcanzando el final de la escalera, con unos cien escalones por delante, distinguieron al tercer ejército orco, un enjambre negro que cubría las laderas montañosas.

—Huegos —jadeó Dagnabbet a la vista de la caballería orca al frente del ejército enemigo.

Orcos gigantescos cabalgaban los malditos y feroces lobos, liderando la carga del ejército enemigo. Cuando vieron al ejército enano en la meseta, soplaron sus cuernos e invocaron a Gruumsh, bramando con fuerza, tan ansiosos por entrar en batalla como los Rompebuches.

Connerad pensó en llamar a Bungalow Thump, pero no hizo falta. Thump y sus muchachos ya habían reparado en el ejército orco y cualquier orden del rey era innecesaria. La batalla estaba a punto de comenzar y la Brigada de Rompebuches sabía muy bien cuál era su cometido. Como un solo hombre, se precipitaron por los últimos escalones hacia la meseta e iniciaron la carga. Bungalow Thump ordenó a los comandantes de la guarnición que se apartaran y éstos no se hicieron de rogar, pues ellos también sabían cuál era el sitio de los Rompebuches en el combate: en primera línea, algo que los primeros huargos y sus jinetes no tardaron en descubrir, para su desdicha.

La caballería de los orcos era la fuerza de choque, la primera en entrar en combate con el objetivo de sembrar el pánico y el desconcierto en las fuerzas enemigas. Pero semejante táctica sólo despertó una respuesta más feroz entre las filas de la Brigada de Rompebuches.

Y con la Brigada de Rompebuches enfrentándose a la embestida, los ballesteros enanos se mantuvieron firmes en sus posiciones y enviaron una nube de flechas justo antes del choque entre ambos ejércitos.

Las flechas detuvieron en seco a los huargos, que a continuación fueron asaltados por enanos pertrechados con armaduras de combate.

Para los Battlehammer, la batalla había comenzado a lo grande. Los puños con pinchos de los Rompebuches arrancaron gritos de dolor de orcos y huargos, que además no contaban con el apoyo de los suyos, porque se habían adelantado en mucho a la fuerza orca de infantería.

El ejército de Mithril Hall cayó sobre ellos y sembró la muerte entre la caballería orca; y hasta la escalera donde se hallaba el rey Connerad llegaron los vítores y los gritos exigiendo más sangre orca. Y el rey se habría unido al fragor del combate de no ser por la general Dagnabbet. Ahora era ella quien le susurraba que actuara con prudencia. Connerad bajó los últimos escalones y alcanzó la meseta, donde corrió hacia los comandantes de la guarnición a los que ordenó que cerrasen filas. Alcanzó la retaguardia del ejército enano y ordenó que iniciase la marcha hacia la fortaleza enana.

—Abrid las puertas y despejad el camino para todos—ordenó.

Sus palabras provocaron gestos de frustración; tampoco esperaba otra cosa, pero los enanos no discutían con su rey. Lanzando sus últimos gritos de ánimo a los hermanos de armas enzarzados en la primera embestida orca, la retaguardia inició la retirada.

—A la puerta —indicó a toda prisa el rey Connerad a Dagnabbet.

La guerrera jadeó con incredulidad.

—Te necesito allí. Si entramos de golpe, bloquearemos la entrada y será una carnicería. Tienes que mantenerlos en marcha, que no se detengan. Cada enano que consiga entrar a la fortaleza, es un enano al que habrás salvado la vida.

Dagnabbet fue incapaz de ocultar su tremenda decepción.

Connerad la cogió de los hombros.

—¿Es que no te das cuenta de que eres la única a la que respetan lo bastante para obedecer sin titubear? —chilló—. ¿Crees que puedo confiar en cualquier enano para que mantenga la entrada despejada? ¡Te necesito a ti, muchacha!

—¡Sí, mi rey! —respondió la general, irguiéndose—. Pero a ver si te entretienes aquí fuera demasiado y haces que te maten. Me necesitas y cumpliré con mi parte, pero no olvides que Mithril Hall te necesita a ti, y ahora más que nunca, sobre todo si estos orcos tienen planeado quedarse por aquí.

Connerad asintió e hizo el ademán de marcharse, pero Dagnabbet lo cogió por el hombro.

—Que no te maten —suplicó, y le dio un beso para desearle buena suerte... y algo más, como advirtieron los dos con sorpresa.

Salieron corriendo en direcciones opuestas, Dagnabbet gritando órdenes a los enanos para que formaran filas hasta las puertas y Connerad convocando a sus comandantes. Cuando alcanzó las posiciones donde ya se combatía, distinguió con nitidez el paso que discurría por las faldas rocosas, y lo que vio lo hizo detenerse para coger aire.

Los ejércitos orcos del Valle Superior del Surbrin eran enormes, pero esa tercera fuerza enemiga era más grande todavía y, entre el enjambre de guerreros, destacaban los colosos de piel azulada: con los orcos avanzaba una legión de gigantes de la escarcha.

Si el rey Connerad albergaba alguna esperanza de éxito, la realidad se encargó de disiparla. Aunque pudiera reunir a todos los enanos de Mithril Hall perfectamente pertrechados para la lucha, contase con el apoyo de armamento pesado, catapultas y ballestas gigantes, y les diese tiempo a formar para el combate, esa batalla la perderían igualmente. Y eso sin contar con los dos ejércitos orcos en el Valle Superior de Surbrin, que a buen seguro se reunirían con sus compañeros antes de finalizar la batalla.

Connerad Brawnnavil jamás había visto tantos orcos.

El camino y las laderas de la montaña bullían con su presencia, como si fuesen la piel de una enorme y deforme bestia enfurecida.

A lo largo de ese día, el rey Connerad se había tenido que recordar que

debía actuar con calma y firmeza. Y por eso consiguió no perder la compostura cuando uno de sus comandantes a su lado resultó aplastado por una roca gigantesca. También logró ahogar un gemido de angustia al ver cómo Bungalow Thump y sus muchachos se perdían entre las oleadas de orcos.

Mantuvo a sus hombres en movimiento. Una fila tras otra, retrocediendo hacia la fortaleza en orden. Con cada fila que se retiraba, quedaban menos enanos vivos en la vanguardia, aunque por cada enano caído, perecían varios orcos.

Hubo un momento aciago en el que Connerad se creyó perdido ante la acometida de los gigantes, que barrieron las filas de sus propios aliados orcos en su ansia por alcanzar a los odiados enanos.

—¡Fuerza y a por las rodillas! —rugió el rey, a pesar de sus temores.

Los enanos vitorearon a su rey, y aún más cuando una lluvia de enormes proyectiles de ballesta surcó el aire. Los gigantes en primera línea sufrieron bajas y los que venían por detrás, retrocedieron a toda prisa.

El rey Connerad, sorprendido, se dio la vuelta y no tardó en reparar en la presencia de Dagnabbet.

La hermosa y fiera Dagnabbet. La valerosa, noble y leal Dagnabbet.

Las filas de enanos seguían accediendo a la fortaleza con orden y rapidez, pero a pesar de estar al cargo de la retirada, la general había conseguido sacar cuatro enormes ballestas para lanzas preparadas precisamente para un posible ataque de los gigantes.

Mithril Hall perdió una treintena de valientes enanos ese día, y el triple de esa cantidad consiguió volver con graves heridas, entre ellos Bungalow Thump, que de alguna manera logró escapar de las hordas orcas. Pero ya estaban todos a salvo tras las puertas fortificadas y los orcos habían perdido la ventaja del elemento sorpresa.

Y en el exterior de la puerta norte yacían los cadáveres de cientos de orcos y de tres gigantes.

—Has actuado bien —le dijo Dagnabbet al rey durante la reunión de los comandantes en la sala de guerra—. El rey Bruenor estaría orgulloso.

El rey Connerad reconoció la importancia de esas palabras en boca de la hija de Dagnabbit, la nieta del legendario Dagna. Sin embargo, no se dejó llevar por el orgullo, pues sabía que aún quedaba mucho por hacer.

Un ejército de orcos había acampado a la puerta de su hogar.